

## Las ranas pidiendo rey

**D**e cómo fuera el zoquete que Júpiter envió a las ranas nada sabemos con exactitud, aunque podemos imaginarlo. "Un buen pedazo", sospecha Samaniego. Juzga por sus efectos en las charcas, un reino atemorizado. Pero, palo al fin, calmadas las aguas, flota quieto, y ya las ranas se suben a él. Si la pereza propia del dios hubiese dejado a Júpiter pensar, se habría ahorrado el segundo envío, un culebrón, que se comió a las ranas. Tan mal calculador resultó él como ellas, y al final tuvo que exagerar. Lo vemos por Samaniego: conocer los efectos es sospechar las dimensiones de la causa. Bastará, por tanto, realizar la aproximación al revés para ser, al mismo tiempo, rana y dios, y acordar así el tamaño exacto del tablón.

...  
 ¿Quién lo entendió mejor que Don Agustín Pérez Zaragoza? No es tan sólo convencional la conjunción disyuntiva en el centro exacto de los títulos de sus historias trágicas: "La princesa de Lipno o el retrete del placer criminal", "Miladi Herwort y Miss Clarisa, o Bristol, el carnicero asesino", "La bohemia de Trebisonda, o un sequín por cabeza de cristiano". Marca la distancia entre el tarugo y la culebra: sugiere al público la sospecha de cuáles van a ser las dimensiones de un susto por él ya previsto. Por ello, en muchas de tales historias, la explicación lo es ya de un efecto: "Camila y Livio, o los efectos de un amor desgraciado", "Emilia y Fabio, o tristes efectos del amor", "Varinka, o los efectos de una mala educación". Se trata de escribir la causa. Mesonero y Larra lloraban el éxito de Don Agustín, espejo de un país zafio. Pero eran ellos quienes se equivocaban al establecer en la lamentación el parangón de su juicio. No podían ni imaginar que, en el fondo, se trataba tan sólo de una cuestión de dimensiones, de cantidad. El redactor de las Cartas Españolas, en cambio, nos recuerda que Don Agustín, pese a su trato con espectros, en "ganar dinero, no vió visiones". Y el anónimo autor de las Leyendas y novelas jerezanas: "Más cabezas ensangrentadas, puñales, venenos y horcas... que coles en la plaza de un pueblo...y acelgas en la cocina de un convento". No en vano Don Agustín fue autor de tres gruesos volúmenes sobre arte culinario.

...  
 ¿Quién lo entiende mejor que Ricardo Bofill? De raíz separa causa y efecto. Vamos a decir (pero está mal dicho): arquitectura o ideología. He ahí de nuevo a la conjunción disyuntiva poniendo orden en el centro. La medida convierte a la primera parte en pura imagen de la segunda, y ahí está la arquitectura (o sea, el trabajo de un especialista, de un experto), representando la causa: grande es la "síntesis social" que se nos propone. Ya no son sus edificios, sino las propias instituciones lo que el arquitecto construye. Grande ha de ser, por consiguiente, la "síntesis histórica" que en el tamaño de sus formas cristalice. Grande la "reintegración" que el dios envíe al pueblo de las ranas. Tan grande, pero tan bien dimensionada, que haga innecesaria una segunda exageración.

Juan José Lahuerta

